



¿Europa se desvincula de la tecnología estadounidense? El cambio transatlántico se desarrolla silenciosamente.

Posted on Marzo 7, 2026

Los responsables políticos europeos están reconsiderando la dependencia del continente de los gigantes tecnológicos estadounidenses. Desde la infraestructura en la nube hasta las plataformas de redes sociales, la magnitud de la dependencia de Europa ha suscitado un debate estratégico sobre la soberanía digital y la vulnerabilidad geopolítica. Este cambio indica una transformación más profunda en las relaciones transatlánticas.

Por Uriel Araujo.

Europa se prepara discretamente para algo que habría parecido impensable hace tan solo una década: la desvinculación tecnológica de Estados Unidos. El proceso es lento, parcial y políticamente controvertido, pero la dirección se está volviendo bastante clara. Lo que comenzó como disputas regulatorias con Silicon Valley se ha convertido en una conversación estratégica más amplia sobre soberanía, seguridad y supervivencia económica.

El detonante inmediato es la tecnología, pero el fenómeno es más profundo. El impulso europeo a la “soberanía digital”, por ejemplo, refleja una creciente comprensión entre las élites europeas de que la dependencia de los sistemas estadounidenses podría tener consecuencias geopolíticas.

Un informe reciente de Foreign Policy describe cómo los líderes europeos temen cada vez más que el dominio tecnológico estadounidense se convierta en un arma geopolítica. Como lo expresa sin rodeos el artículo, a los responsables políticos europeos les preocupa que Washington pueda algún día interrumpir o restringir los servicios digitales como herramienta para obtener concesiones de sus aliados. Estas preocupaciones pueden parecer dramáticas para algunos, pero los funcionarios europeos aparentemente no las consideran descabelladas, dadas las crecientes tensiones entre Estados Unidos y Europa. El resultado es un impulso gradual hacia alternativas en la computación en la nube, los semiconductores e incluso las plataformas de redes sociales.

En la actualidad, la magnitud de la dependencia de Europa es bastante asombrosa. Amazon, Google y Microsoft proporcionan más de dos tercios de los servicios de computación en la nube de Europa, mientras que la mayoría de los chips avanzados utilizados en el continente provienen de empresas estadounidenses como Nvidia . Las plataformas digitales que configuran el debate público europeo también son mayoritariamente estadounidenses; este desequilibrio es precisamente lo que Bruselas espera corregir.

En 2024 escribí que el grupo BRICS avanzaba hacia la soberanía digital, y que Brasil podría desempeñar un papel clave en la promoción de la cooperación en gobernanza de datos, ciberseguridad y autonomía tecnológica. En aquel entonces, recalqué que la dependencia de la infraestructura digital extranjera (en particular, la tecnología estadounidense) genera vulnerabilidades estratégicas, lo que impulsa a los países BRICS a explorar alternativas que buscan, por así decirlo, la multipolaridad digital. En cierto modo, el debate europeo refleja una tendencia global más amplia: los Estados están empezando a tratar la infraestructura digital como un terreno estratégico en lugar de un mercado neutral.

La Ley de Servicios Digitales (DSA) de la UE se ha convertido, en cualquier caso, en un importante punto de discordia en la relación transatlántica. Los reguladores europeos insisten en que la ley busca proteger la democracia y a los consumidores de la manipulación algorítmica. Sin embargo, Washington presenta cada vez más el asunto como un ataque a las empresas estadounidenses. Cuando la UE multó a X, de Elon Musk, con 120 millones de euros (diciembre de 2025) por presuntas violaciones de la DSA, el secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, denunció la decisión como un ataque a las plataformas tecnológicas estadounidenses.

De nuevo, esto refleja de forma interesante un debate similar que tuvo lugar en Brasil en 2024 , en el que también participó Musk, con graves repercusiones políticas y legales . Es difícil sobreestimar el grado en que las grandes tecnológicas influyen en la política exterior estadounidense actual .

Sea como fuere, tras los titulares se esconde un cambio estratégico más profundo. La UE ya ha iniciado una “retirada gradual” (como lo expresa Politico) de su dependencia de EE. UU. en varios sectores, como la tecnología, la energía, los pagos y la defensa. El esfuerzo debería llevar años, posiblemente décadas. Sin embargo, el simple hecho de que se esté produciendo un debate de este tipo revela una transformación en el pensamiento europeo.

Es cierto que no todos creen que la disociación sea siquiera realista. Algunos analistas argumentan que la relación económica entre Estados Unidos y Europa es simplemente demasiado profunda. Astrid Prange de Oliveira, que escribe para Deutsche Welle, por ejemplo, destaca que los lazos transatlánticos de comercio e inversión siguen siendo enormes, lo que hace que una separación total sea altamente improbable.

Otros, como Dimitar Lilkov (del Centro Wilfried Martens), argumentan que Europa debe desvincularse de la tecnología estadounidense si pretende mantener su relevancia geopolítica. Para este grupo, la soberanía tecnológica no es solo un proyecto económico, sino una necesidad estratégica.

En cualquier caso, el desafío es formidable. Suzanne Lynch, de Bloomberg, resumió recientemente el dilema: los líderes europeos aceptan cada vez más que el continente debe valerse por sí mismo, pero desvincularse de Washington es más fácil decirlo que hacerlo. La UE sigue estando profundamente vinculada a las estructuras estadounidenses de tecnología, finanzas y seguridad, mientras que las divisiones internas complican cualquier estrategia unificada. Incluso los líderes que hablan con franqueza sobre la necesidad de autonomía reconocen que su implementación será lenta y políticamente delicada.

Y, sin embargo, las tensiones no comenzaron con el regreso de Donald Trump al poder: llevan años acumulándose. Basta recordar la guerra de subsidios de Joe Biden contra Europa mediante la Ley de Reducción de la Inflación.

El problema estructural es aún más profundo. Siempre que Europa intenta desarrollar una política industrial o de defensa autónoma, Washington suele intervenir (con agresividad). Cuando la UE propuso el Fondo Europeo de Defensa, por ejemplo, el gobierno estadounidense ejerció una intensa presión para garantizar que las empresas estadounidenses mantuvieran el acceso a los mercados de defensa europeos.

Es más, las amenazas arancelarias e incluso los desacuerdos sobre los compromisos de la OTAN (además de las amenazas de Trump sobre Groenlandia) han creado una atmósfera de desconfianza, por decir lo menos, ampliando incluso un sentimiento latente de enemistad .

Sí, Europa sigue profundamente integrada con la economía y los sistemas de seguridad estadounidenses. Pero el cambio psicológico es innegable. La idea de que Europa debería depender indefinidamente de la tecnología, las garantías de defensa y la infraestructura financiera estadounidenses ya no es un consenso implícito.

Por lo tanto, la vieja suposición de que Europa operaría para siempre bajo el paraguas tecnológico estadounidense se desvanece silenciosamente. Para empezar, sigue siendo incierto si Bruselas logrará construir su propio ecosistema digital. Sin embargo, el diálogo ya ha comenzado, y eso por sí solo marca un punto de inflexión en las relaciones transatlánticas.

*Uriel Araujo, doctor en antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS